



Fotografía, *San Andrés Isla 2017*, por: Shirley Cottrell.

Bienvenidos a la reserva mágica

Hanny Newball Hoy¹

Han surgido comentarios sobre la indescriptible vista aérea de bienvenida dada por la montaña de basura presente en el *Magic Garden*. Es una fortuna, pensé, que el basurero tenga ese nombre (*en un drama, -similar al episodio del ya clásico “Los dioses están locos”, que narra la travesía de una botella vacía de una famosa bebida, que el bushman protagonista creía haber sido enviada por los cielos-*). Quizás por arte de magia desaparezcan las incontables toneladas de objetos inservibles de la Reserva de Biosfera Seaflower.

Pero aproximadamente tres décadas de nombre no han hecho honor al resultado; y la montaña de basura es el mejor de los escenarios. Porque detrás de cada lata de bebida o bolsa plástica existe una larga historia, desde su producción, transporte, consumo y disposición final. Es posible que solo tengamos responsabilidad por los dos últimos momentos de la cadena (consumo y desecho), y el resto de la cadena nos resulte invisible a la experiencia, pero no menos real. Así que la opción más cercana a la cordura fue pensar que esta combinación entre la vista aérea, gases tóxicos olorosos, y lixiviados contaminantes dirigidos al mar (anulando cualquier esfuerzo a largo plazo de que esta sea efectivamente un “área marina protegida”), pudo ser resultado de una combinación aún más letal: negligencia colectiva y parsimonia institucional.

Otra manera de llamar esta combinación letal, es la “Tragedia de los Comunes”: concepto clave acuñado en la década de 1960, por un ecólogo que describió el grave problema de cómo los individuos se auto engañan por el impulso del provecho propio, y acceden compulsivamente a bienes públicos, sin responsabilidad alguna y sin

medir el daño o perjuicio público que causan (que a la larga, también los incluye). El señor Hardin lo describió primero como el acceso sin restricciones y sin contraprestaciones a recursos naturales utilizados en común, específicamente a pastos comunales; luego el concepto fue ampliándose a usos públicos de cualquier tipo. Así, bajo esta noción, hombres y mujeres ‘abstractos’ fueron utilizando cualquier espacio en concreto disponible en esta isla, como sitios para depositar sus objetos inservibles: condenando lo que pudo ser un espacio verde, como lugar sin valor, inservible. Hasta que estemos atrapados por montículos de basura perfectamente distribuidos.

El argumento de la montaña basurera como el mejor de los escenarios, va en el sentido de que por lo menos, el problema mayor está agrupado en un solo lugar. Y esperaríamos que conmocione a algún personaje tomador de decisión, que no arribe por submarino a las islas (otro ejercicio mental de buen salvaje). El peor de los escenarios, es la dispersión de latas, bolsas y toda forma innumerable de rastro (in)humano en cada lugar público de San Andrés. Puro vandalismo paisajístico: desafortunadamente nos acostumbramos a la “normalización” de un problema, que genera inacción; proponer resolverlo es lo anormal.

Sí. Se podría argumentar que los habitantes de las islas tienen necesidades inmediatas (pero ¿qué más inmediato que el entorno?) como la salud o la educación, etc. Y que sólo cuando los niveles de ingresos se eleven a cierto umbral (según el clásico principio de la Curva ambiental de Kuznets -o sus siglas misteriosas EKC-), entonces los individuos se preocuparían por las llamadas “cuestiones ambientales”: es decir, ver

¹ Historiadora Universidad Nacional de Colombia Sede Bogotá, (experiencia en la Línea de Investigación Historia ambiental). M.Sc. Environment & Resource Management, Vrije Universiteit, NL, Países Bajos. Becaria NUFFIC. hnewballh@unal.edu.co

que en frente de la carretera, no puede existir un botadero de basuras; aunque no sea “mi” basura. Sin embargo, la teoría Kuznets ha sido refutada por la realidad en varias ocasiones, cuando personas de bajos ingresos toman decisiones colectivas, creando soluciones para algún problema ambiental (¿será que esto puede ocurrir en San Andrés?), derribando la barrera de una “tragedia de los comunes”. Es decir, ¿podremos los ciudadanos insulares interrumpir en algún momento ese proceso del comportamiento típico humano, demasiado humano, que consiste en dejar de hacer algo, porque podría beneficiar a otro? o peor: ¿a alguien que no voy a conocer nunca? De algo debe servir ese discurso de permitir algún bienestar para las futuras generaciones. Por eso el desarrollo, o es sostenible, o no es desarrollo. Habrá que buscarle otro nombre. Además, esas incitativas grupales de resolver una tragedia de los comunes, no suceden por arte de magia. La *cultura* juega *el* papel primordial en esos procesos de uso público de bienes naturales, y de los

espacios comunes bajo el árbol de tamarindo o de almendro, al lado de estas carreteras insulares.

Creo haber sostenido antes conversaciones furtivas sobre el tema, a riesgo de parecer “hipercrítica”; pero haber sesgado la concepción de cultura en las islas, solo hacia manifestaciones étnico artísticas –excusando de antemano a la excelente escena artística local–, ha permitido una tragedia de los comunes, convirtiendo al paraíso de los siete colores en el de los siete olores.

Hasta no descubrir las motivaciones complejas detrás del arte de crear basura, o investigar porque al isleño (¿y el visitante?) le deja de resultar ofensivo a la vista, ver basuras dispersas por toda la isla; hasta no gestionar acuerdos sólidos que traspasen utilidades inmediatistas, seguiremos corroyendo el título de Reserva de Biosfera. Hasta entonces, quizás los dioses logren salir de su locura.